

cia que se daba á esta forma material una recaída en el judaísmo. Mientras Lutero no admitía la razón en cosas de fe y miraba desde luego con recelo, según el sentido de San Agustín, toda explicación que concordase con la razón, Zwinglio, aunque también se basaba en la Sagrada Escritura, no tuvo ningún escrúpulo en aceptar la concordancia de la palabra de Dios con las leyes de la naturaleza y de la inteligencia humana siempre que esta concordancia se presentaba. No solamente en la cuestión de la Eucaristía sino también en su concepto del pecado original prevalecía en su ánimo la creencia de que la revelación divina había de aprovechar también á los paganos. Además, en la doctrina de Zwinglio casi para nada figura el diablo, que en la mente y en los escritos de Lutero ocupa un puesto importantísimo. Puede decirse con razón que Zwinglio representa ya una sociedad casi completamente moderna y queda vencida la Edad media en un sentido muy distinto de aquel en que la venció Lutero. El contraste entre las doctrinas de Lutero y las de Zwinglio era tan grande, que la disputa sobre la comunión condujo en poco tiempo á un cisma irremediable. Zwinglio tomó parte activa en la contienda con su escrito al predicador Alber en Reutlingen, fechado en noviembre de 1524. Después de Zwinglio alzaron su voz Ecolampadio y Butzer; pero Lutero no salió sino hasta 1526 de su calma para repartir mandobles á su manera entre los «espíritus maléficos»; porque para él no había duda de que aquella nueva doctrina era un engendro del diablo. Hay que tener presente que justamente entonces padeció Lutero de sus antiguas alucinaciones diabólicas; creía firmemente que era el mismísimo diablo en persona quien le atacaba y que toda la cuestión se reducía á que, ó él ó los otros, habían de ser esclavos del demonio. Mas que nada le hirió en el alma el estilo tranquilo, frío y sarcástico con que le hablaba Zwinglio, muy semejante á su maestro Erasmo, en unas explicaciones llamadas «amistosas.» El reformista suizo, sin caer en la grosería de su contrario, sabía herir al reformista alemán hablándole como habla el hombre despierto á un soñador, ó el médico á un demente; si bien él también declara una impiedad perseverar en la opinión contraria y está seguro de la victoria final de su doctrina aunque quizás tenga que llorar el vencedor.

La discusión religiosa á la cual invitó el landgrave Felipe á las dos partes, cada una con su jefe, fué desde luego ineficaz; bien que Zwinglio compareció con gran entusiasmo, á pesar del peligro que había en atravesar territorios enemigos y católicos. Para evitarlo, en lo posible, salió de Zurich en secreto sin pedir licencia al consejo del cantón; pero los del partido contrario no se mostraron tan presurosos para presentarse en Marburgo. Melancton dijo que era perfectamente inútil tratar con Zwinglio y que habría preferido tratar con Ecolampadio y hasta con algunos papistas que fuesen personas eruditas y racionales. Por lo demás él y Lutero creyeron peligroso que el landgrave se viera con el reformador suizo, pues que Zwinglio pertenecía, según Lutero, á los «agudos,» palabra con la cual Lutero aludía á los que se dejaban vencer con razones dirigidas á la inteligencia humana. A Zwinglio acompañaron además de un humanista de Zurich dos consejeros, uno de Zurich y otro de Basilea, Jacobo Sturm, el político de Estrasburgo, Ecolampadio, Butzer y el amable Gaspar Hedio, que, como su amigo Capiton, fué durante algún tiempo predicador de palacio de Alberto de Maguncia y después había ingresado en el círculo de los reformadores de Estrasburgo. Lutero compareció con número más crecido de partidarios teólogos, á saber: además de Melancton, los antiguos amigos Justo Jonás, Crucífero, Federico Miconio de Gotha, Osiander de Nuremberg, Brenz de Halle, Estéban Agrícola de Augsburgo, Justo Menio de Eissenach y

otros. Después de una conversación preparatoria de Lutero con Ecolampadio y de Zwinglio con Melancton, entablóse en 2 de octubre la discusión entre los dos jefes. Lutero había escrito con yeso sobre la mesa las palabras: «Este es mi cuerpo,» y en la discusión alzó el tapete para enseñar á sus contrarios el pasaje del cual no podía apartarse; pero á pesar de algunas expresiones vivas, se efectuó la discusión de una manera muy digna, si bien ninguna de las partes logró vencer á la otra. Al fin, Lutero declaró á los contrarios que toda conversación le parecía inútil y que los encomendaba á Dios. El landgrave consiguió todavía que Lutero, en 4 de octubre, resumiera en quince artículos las cuestiones fundamentales en que ambas partes concordaban; pero respecto de la presencia de Cristo en la Eucaristía no pudieron ponerse de acuerdo, ni quiso admitir Lutero el amor fraternal entre los dos partidos y la admisión mutua á la comunión que le pedía Zwinglio con lágrimas en los ojos. Lutero solo concedió la caridad cristiana hasta donde alcanzara la conciencia de cada uno, añadiendo que el Evangelio pide que amemos hasta á los enemigos. La discusión acabó sin haber hecho las paces y Lutero no faltó tampoco esta vez á su principio de sacrificar todas las consideraciones humanas á lo que para él era verdad. Para ser justos con el reformador debemos recordar aquí que esta inflexibilidad y esta convicción habían desencadenado el movimiento eclesiástico y le habían hecho obtener los primeros triunfos; y así como fué Lutero quien rompió las cadenas romanas, del mismo modo fué quien á la sazón abrió la primera gran brecha en el edificio de la reforma, empezado pero no concluido y amenazado de grandes conmociones.

La divergencia se había hecho incurable y en adelante era imposible que todos los reformistas emprendiesen unidos la lucha abierta contra su enemigo mortal, el poder de los Habsburgos. En Wittenberg, mucho antes de la citada discusión religiosa, se había hablado ya contra los trabajos de alianza del joven landgrave de Hesse, el príncipe elector Juan y la ciudad de Nuremberg; y en efecto, después del parlamento de Spira no se estableció en Rotach, en Schwabach y Smalcalda la unión entre el landgrave y las ciudades del imperio partidarias de Zwinglio y de los suizos. Lutero había redactado para la reunión de Schwabach diez y siete artículos, en que resaltaba con más precisión que en sus artículos de Marburgo el contraste dogmático entre su doctrina y la de Zwinglio. Los partidarios de esta última doctrina vieron ciertamente con razón en Melancton el hombre cuya profunda aversión á la doctrina suiza mantenía la ruptura, mucho más que la inflexibilidad de Lutero, y aun ensanchaba la separación. En la cuestión de la Eucaristía no se había conformado sino venciendo grandes escrúpulos con la opinión de su amigo, y no le costó tanto el condenar políticamente á gente cuya opinión anti-imperial tenía para él afinidad con la guerra de los campesinos y con las tendencias revolucionarias de las ciudades del imperio. Lutero también prefirió aconsejar á su soberano contra la opinión de los jurisconsultos sajones el deber incondicional de la obediencia pasiva, fundándose en que los soberanos alemanes debían esta obediencia al emperador como la debían los alcaldes de las ciudades al soberano del territorio, si bien convenía en que la totalidad de los miembros del imperio tenía el derecho de destituir al emperador. Decía, sin embargo, que en cosas del Evangelio valía más dejarlo todo á la mano de Dios y no esperar nada de la humana inteligencia ni del auxilio de los hombres, pues «Nuestro Señor Jesucristo, que os ha ayudado milagrosamente, decía al elector, sin el landgrave y aun contra él, os ayudará y aconsejará también en adelante como es regular.»

Hay que confesar que la confianza religiosa de Lutero ra-

yaba muy alto y tenía algo de conmovedor, si bien era infantil; pero si esto estaba bien en Lutero, no así en un príncipe, que no debía confiar únicamente en la esperanza de que Dios no abandonaría á los suyos. Por fortuna los jurisconsultos sajones y un teólogo importante, Bugenhagen, recordaron al elector el deber que tenía todo príncipe cristiano de proteger á sus súbditos contra toda fuerza brutal opuesta á la palabra de Dios, porque Bugenhagen dijo que si Saul hubiese querido apartar á los israelitas de la palabra de Dios

el mismo Samuel le hubiera degollado ó se hubiera opuesto á él con todo el pueblo.

Los magnates protestantes se habían limitado en el último parlamento á defenderse con argumentos meramente teocráticos; y apoyándose en la palabra de Dios se habían opuesto hasta entonces á la voluntad del emperador claramente expresada, conculcando así el derecho positivo de la religión católica y de la Iglesia. Pero á la sazón, siguiendo por este camino, tenían que resolverse ó á someterse simplemente ó á



Cristian II, rey de Dinamarca
Grabado en cobre de Jacobo Bink, que vivió desde 1490 hasta 1560

prepararse á la defensa. Lutero dijo en uno de sus dictámenes que, queriendo oponerse á la autoridad del emperador, era menester arrojarle del país y ponerse en su lugar, y como el emperador se defendería, no acabaría la guerra hasta que una de las partes sucumbiera. Esta última alternativa era la que aceptaron el landgrave Felipe y Zwinglio. Para Zwinglio era preciso emanciparse de Roma y del imperio: el papado y la dignidad imperial eran inseparables, eran instituciones de Roma, y más de una vez pregunta en sus cartas por qué la Alemania tenía consideraciones con Roma, añadiendo que Cristo mismo había empleado la fuerza contra los profanadores del templo y que él y los suyos no tardarían, si necesario fuera, en seguir los ejemplos más crueles. La idea del landgrave de hacer triunfar la Reforma por medio de una coalición de todos sus partidarios que fueran á la vez partidarios de los Habsburgos, le hizo entrar en relaciones con la mitad de los potentados europeos ya desde el año 1528;

pero á medida que se acercaba la llegada del emperador á Alemania se aumentaron las voces sobre proyectos y alianzas dirigidos contra los herejes. En esta previsión el landgrave juzgó que el cisma de los reformistas era una demencia, por más que conociera bien la importancia de las cuestiones dogmáticas, porque no había laico mejor impuesto que él en la Sagrada Escritura. «Tres caminos quedan abiertos á los evangélicos, escribía á Sturm de Estrasburgo, primero renegar de Cristo, segundo sufrirlo todo y tercero defenderse; este último es el camino donde cabe esperanza y aun fortuna, pero de los otros caminos no cabe esperar absolutamente nada.» El camino de la resistencia fué el adoptado por el landgrave y Zwinglio en Marburgo, los cuales continuaron después en una activa correspondencia cuyo tono fué cada vez más íntimo y fraternal. Su plan no carecía de grandeza, porque estaba fundado en la unión de los reformistas alemanes y suizos entre sí y luego con Francia, Venecia, Dinamarca y Guel-

dres, con lo cual sería una liga ó alianza desde el mar hasta la Suiza. La restauracion de Ulrico de Wurtemberg en sus dominios habia de ser el primer golpe dirigido contra el poder del rey Fernando, mientras la alianza con Venecia debia cerrar al emperador el camino á Alemania.

No pudo escogerse mas desgraciadamente la época en que habia de realizarse esta coaliccion contra los Habsburgos. Carlos V habia hecho la paz con todos sus contrarios y Soliman habia emprendido la retirada. En estas condiciones produjo en Venecia singularísima impresion el ofrecimiento de una alianza que de parte de Zurich hizo al gobierno de la república un enviado de Zwinglio. Los mismos ofrecimientos se hicieron á la corte de Francia por via de sus embajadores, pero aquella corte, sin imitar la cortesía de los venecianos, rechazó la proposicion con burla y desprecio. Por eso uno de los embajadores dijo que la corta inteligencia de los franceses no les permitía comprender el profundo significado del ofrecimiento. El elector de Sajonia y sus correligionarios, luteranos rígidos, antes de entrar en la alianza ofrecida exigieron que los zwinglianos admitieran previamente los artículos convenidos en Schwabach. Lutero habia aconsejado al elector, su soberano, que hiciese valer ante el emperador el mérito de haberse mostrado contrario á los zwinglianos; y las mismas ciudades de la Alemania del Sur ya no se mostraron dispuestas á excitar contra sí al emperador uniéndose á los suizos. El resultado que dieron las negociaciones del landgrave y de Zwinglio fué un convenio de reciprocidad de residencia para los reformistas, hecho con la ciudad de Estrasburgo en enero de 1530, y otro análogo en julio del mismo año entre el Hesse, Zurich y Basilea; Berna se negó á adherirse al convenio. Por otro lado, Felipe de Hesse hizo una alianza con el duque católico Enrique de Brunswick-Wolfenbuttel. El rey de Dinamarca prometió como contingente doscientos jinetes; pero con medios tan insignificantes no habia que pensar en hacer la guerra á Carlos V, y así se frustraron todos los planes de gran política de Felipe de Hesse y de Zwinglio. Para este último y para su obra, el mal éxito de las negociaciones tuvo consecuencias mas funestas que las que sufrieron los protestantes alemanes, los cuales con inexplicable ceguera parecian dispuestos á entregarse indefensos á la merced del emperador, cuyas palabras amables y pacíficas, completamente contrarias á las hasta entonces usadas por él, engañaron á aquella gente como á verdaderos niños en política. El mismo Lutero habia perdido toda su ferocidad del tiempo del parlamento de Worms, tanto que para muchos reformistas aquel adalid de la libertad religiosa se habia transformado en un «moderno Papa.»

CAPITULO IV

LA CONFESION DE AUGSBURGO Y LA LIGA DE SMALCALDA

Un documento oficial de Zurich llama al emperador, al dirigirse éste á Alemania, «el Mesías de los curas.» No hay duda que Carlos V, que en sus tratados de paz con el Papa y con Francia recomendó la supresion de la herejía, y que en su coronacion de emperador habia aceptado de nuevo las obligaciones de protector de la Iglesia romana, estaba decidido á acabar de una manera ú otra con los protestantes alemanes, cuyos embajadores, al presentar en Italia su protesta levantada en Spira, fueron puestos en prision durante algun tiempo y uno de ellos, Miguel de Kaden, que le habia presentado por encargo del landgrave un pequeño escrito francés á favor de la reforma, se salvó de peor suerte evadiéndose á tiempo. Durante el viaje el legado Campeggi entregó á Carlos otro escrito que recomendaba al emperador el pro-

bar primero con los herejes la via amistosa para convertirlos y emplear contra los refractarios la hoguera y la espada; porque decia que la obstinacion de los alemanes era antigua, como lo probaba la lucha de Carlomagno contra los sajones, por lo cual era menester evitar gradual, pero radicalmente, todo peligro de contagio por medio del establecimiento de una inquisicion, tomando por modelo la española. Tambien el anterior confesor de Carlos, el fraile Garcia de Loaysa, enviado entonces á Roma para vigilar los actos del Papa, vió en el empleo de la fuerza el único remedio contra la herejía, y es curioso ver la libertad que este celoso fraile se tomaba al reconvenir al emperador, el mas laborioso de todos los monarcas, por su indolencia y buena vida, diciéndole que en su persona real luchaban siempre la pereza y la gloria, y que deseaba que en provecho y honra suya venciese en Alemania á sus naturales enemigos, la lujuria y el derroche de tiempo preciosos.

No entraba en el carácter de Carlos V el empleo de medidas enérgicas ni siquiera el prepararlas con decision antes de haber hecho el último esfuerzo para ver si lograba la sumision pacífica de los protestantes. La convocacion del parlamento fué redactada en los términos mas suaves y amables, diciendo que queria oír todas las opiniones con amor y buena armonía, para ver y meditar si podia llegarse á una sola verdad y union cristiana á satisfaccion de ambas partes, á fin de que todos tuvieran una religion única y que viviesen en concordia formando una Iglesia única tambien. El elector Juan de Sajonia creyó que el emperador se habia convertido al proyecto de un concilio nacional, del cual antes no habia querido oír hablar. El mismo elector estuvo ya desde bastante tiempo en negociaciones con el rey Fernando, con gran disgusto y desconfianza del landgrave de Hesse, su aliado, lo que celebraron triunfantes el legado y demás católicos al ver que el espíritu de discordia habia entrado en los herejes tanto en cuestiones religiosas como en las políticas. Al propio tiempo tomaron las cosas para los católicos un sesgo favorabilísimo en Innsbruck, donde Jorge de Sajonia y los duques de Baviera fueron á recibir y saludar al emperador. Volvió entonces á ingresar en el seno de la Iglesia católica Cristian II, el rey de Dinamarca, expulsado de su país; la corte de Munich echó, como suele decirse, la casa por la ventana para obsequiar al emperador y hacer olvidar sus tendencias anti-austríacas; y es fácil que el emperador se lisonjeara de que el puñado de príncipes y ciudades herejes renunciarían á su resistencia en vista de la union entre el poder de los Habsburgos y la gran mayoría de los magnates del imperio. Tambien es seguro que aun en este caso habria castigado á los sumisos por su anterior indocilidad, como puede desprenderse de lo que dijo Fernando á su hermano, á saber: que habia muchos motivos y pretextos para castigar á los díscolos, una vez sometidos, sin echar mano de motivos religiosos.

Por lo pronto, Carlos estaba decidido á mostrar buena cara á los soberanos alemanes, sin exceptuar á los que habian protestado. Su ignorancia completa del idioma alemán hacia imposible todo trato algo íntimo, pero á pesar de su habitual inaccesibilidad sabia ganar el afecto de los hombres cuando le convenia. El elector Juan, Melanchton y otros alemanes quedaron convencidos en Augsburgo de que Carlos era persona de natural benévolo y blando; y Lutero le llamó aun despues «este querido, piadoso é inocente emperador, el verdadero padre de Alemania, cuyos milagrosos triunfos eran seguramente obra de Dios y debia tener por fuerza un ángel bueno.» Hasta la reserva de Carlos era una recomendacion para el verboso reformador, que dijo de él que en todo un año no hablaba tanto como él, Lutero, en un

dia. Tiene algo de conmovedor el ver cómo aquella gente piadosa é ignorante del mundo desea poder amar á su emperador y cómo rechaza toda sospecha sobre su carácter. Les repugnaba ver en él al enemigo mortal del Evangelio y atribuían toda la culpa á su odiado hermano. Jonás escribió que ni remotamente se podia encontrar en él la falacia italiana.

Tambien se engañó el emperador al creer que podia hacer vacilar á los príncipes que habian firmado la protesta; porque ya en las ostentosisimas solemnidades de la entrada en Augsburgo, que se efectuó en 15 de junio, quedó en pié Juan de Sajonia mientras sus colegas los otros príncipes electores hincaban la rodilla cuando el legado pronunció la bendicion. Por la noche del mismo día citó el emperador para su alojamiento á los príncipes reformistas, y entre ellos á Juan de Sajonia, y sirviéndole el rey Fernando de intérprete les mandó que en adelante impusieran silencio á sus predicadores y que al dia siguiente tomaran parte en la procesion del Corpus. A esto no accedieron; el marqués Jorge declaró rotundamente que preferiria arrodillarse y hacerse cortar la cabeza antes de renegar de Dios y de su palabra, y el landgrave dijo: «Vuestra conciencia imperial no es señora y dueño de las otras conciencias.» El emperador acompañó á la procesion con la cabeza descubierta, á pié y bajo el sol de mediodía; pero los protestantes no asistieron y calificaron la conservacion de esta solemnidad eclesiástica de malignidad desesperada, de descaro y frivolidad. Era la primera vez que Carlos V oía semejante lenguaje, que confirmaba en un todo lo que Campeggi le habia advertido ya, á saber: que los herejes eran por su carácter obstinados hasta lo último. Si ahora preguntamos lo que decidió á estos señores alemanes á presentarse así á su jefe legítimo, no encontramos otra contestacion posible sino la de que estaban decididos á arriesgarlo todo por sostener su conviccion religiosa. En esto no tuvieron otros motivos sino los puramente morales, porque toda reflexion sobre ventajas y perjuicios materiales los habria decidido á acceder á la voluntad manifiesta del emperador. Verdad es que entonces conservaban todavía la esperanza de justificar su conducta ante el emperador y aun ante la Iglesia de Roma; y el príncipe elector Juan, tan pronto como se tuvo noticia de la convocacion del parlamento, hizo redactar por sus teólogos un programa para las discusiones que segun él creía habian de celebrarse en el parlamento, en cuyo programa se trataba en cuanto era posible de insistir sobre la concordancia que la nueva doctrina tenia en muchos puntos con la religion católica. Este programa además ofrecia grandes concesiones tocante á la constitucion eclesiástica. El elector tuvo que renunciar al deseo de llevar á Lutero al parlamento á la cabeza de los mas afamados teólogos sajones, pues que Lutero estaba declarado fuera de la ley, y hasta el consejo municipal de Nuremberg le negó un salvo-conducto para atravesar su territorio. Por tanto el reformador continuó en su asilo en el castillo de Coburgo, desde donde siguió, á menudo en la mayor agitacion, la marcha del asunto, que se decidió muy á prisa tan pronto como hubo llegado el emperador. El 20 de junio se abrió el parlamento con un oficio al cual asistieron, además de los otros dignatarios, el elector de Sajonia en calidad de porta-espada del emperador, el marqués Jorge y el landgrave de Hesse. El nuncio Pimpinelli, uno de los seis cardenales presentes, estuvo encargado del sermón y se abstuvo en él de citar nominalmente á Lutero, pero dijo que si no se queria hacer caso de San Pedro con las llaves, intervendria San Pablo con la espada. El emperador anunció que él nombraría á los oradores que en adelante habian de pronunciar los sermones y que éstos habian de atenerse estrictamente á la palabra de Dios, es decir, que solo habian de servirse del texto de los Evangelios y de las Epístolas. Cam-

peggi, que secretamente excitaba al emperador contra los herejes, usó en su primer discurso ante el parlamento un lenguaje templado y recomendó, conforme á la opinion de la mayoría, que se diese la preferencia á la cuestion religiosa en los debates que iban á abrirse. Los reformistas debian leer ante el emperador y el imperio los artículos de su confesion de fe en 24 de junio; pero á instigacion, segun parece, del rey Fernando, fueron interrumpidos en su lectura; y habiendo insistido en continuarla, fueron citados para el dia siguiente al alojamiento del emperador, que residia en el palacio episcopal, donde el 25 de junio fué leído públicamente en voz clara é inteligible para todos los presentes por el canceller sajón Cristian Bayer el documento en lengua alemana que despues ha adquirido fama universal bajo el nombre de «Confesion de Augsburgo.» Aquel dia seguramente debió de sentir el emperador mas que nunca su ignorancia del idioma alemán; pero lo admitió escrito en latin y alemán y obligó á los firmantes á no publicarlo por la imprenta. Estos firmantes fueron los mismos que habian protestado ya en 1529, á saber: el príncipe elector Juan, su hijo Juan Federico, el marqués Jorge, los duques Ernesto y Francisco de Luneburgo, Wolfgang de Anhalt, el landgrave Felipe y las ciudades de Nuremberg y Reutlingen. Muchas personas manifestaron su noble satisfaccion por haber confesado solemnemente una fe que las autoridades mas elevadas habian excomulgado y declarado fuera de ley en vano, y el mismo Lutero se mostró contentísimo de haber tenido noticia de este acto antes de morir, no obstante que la confesion de fe no fué obra suya sino de Melanchton. Lutero la juzgó en 15 de mayo en estos términos: «Me gusta este trabajo, y no encuentro nada que enmendar ni modificar en él, ni vendria que lo hiciese, porque yo no puedo expresarme tan suavemente.» En esto vemos perfectamente retratadas la ruda franqueza de Lutero, que en los artículos de Schwabach calificó la misa de la mayor de las abominaciones, y la flexibilidad de Melanchton, que como teólogo y diplomático sustituyó á Lutero, obedeciendo á la fuerza de las circunstancias tanto en la redaccion de la confesion de fe como durante los debates del parlamento. Parece que viéndose libre del genio dominante de Lutero, se manifestó en Melanchton, mas que el reformista, el erudito á manera de Erasmo; pues en aquel escrito, que antes que confesion de fe parece defensa contra las acusaciones católicas, procuró alargar la mano de hermano hasta donde le fué posible á los católicos, marcando como Lutero la conexion leal de la fe evangélica con la Iglesia antigua, evitando tocar los puntos de divergencia absoluta y pasando algunos en silencio, como hizo con el derecho divino del pontificado, el carácter indeleble del sacerdocio y el número siete de los sacramentos. Además, en la exposicion de la doctrina de la Eucaristía se expresó tan ambiguamente, que los teólogos del emperador solo tuvieron que lamentar la ausencia del reconocimiento expreso de la transubstanciacion. No se menciona la doctrina tan absoluta de la predestinacion y para la justificacion por la fe, como para otros principios fundamentales de los reformistas, aduce aquel documento el testimonio de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia. En todo se ve el afán de probar que era injusto el excluir á los reformistas de la Iglesia y de dar á todo el asunto el color de una mala inteligencia respecto de algunas tradiciones y de algunos abusos. Con todo, temió todavía Melanchton que muchos le tacharan de demasiado franco, sin ver que para los contrarios no habia mas alternativa que una sumision incondicional ó la condenacion por herejes. Ranke opina que en este documento late todavía el espíritu de la Iglesia católica y hasta se conserva dentro de sus límites. Sin embargo, aunque fuesen auténticos los juicios favorables de algunos prin-